



Seix Barral

Osvaldo Baigorria

Terminal 2020



Osvaldo Baigorria

Terminal 2020

UNO

Para otro, esta sería una escena de pesadilla: llego a casa una tarde y escucho, detrás de la puerta cerrada del baño, los jadeos inconfundibles de mi mujer en labor de sexo con un amante. Gemidos, suspiros, aire que entra y sale de bocas abiertas, agitadas, ambos tan concentrados en su tarea que no oyen mis pasos ni el sonido de la llave en la cerradura de entrada. Pero no debería estar sorprendido, también hice de las mías. ¿Dije amante? Palabra de múltiples sentidos que indica cierta posición lateral o subordinada al margen de ese centro en el que residiría el amor mayúsculo, principal. Se supone que un amante ama, pero no necesariamente es amado, al menos no tanto como yo sé —o al menos creo— que Mi Amor me ama. Con el sexo casual, de periferia, no entraría en peligro la estabilidad del corazón, me parece. La sorpresa, lo que rompería todo acuerdo tácito o explícito era haberlo llevado a casa; qué digo a casa: al baño, que de todos los lugares para tener sexo es el más incómodo, a menos que la pasión sea tan intensa que se las arregle para apretujarse entre el bidet, el inodoro, la pileta y la bañera.

Para otro sería una pesadilla, para mí fue solo un sueño. Pero no «solo un sueño» como algo sin importancia, sino aquel que me permitió acceder a esta escritura, a hacerme las preguntas cruciales que intento responder en el relato. ¿Sería ese amante del sueño algún médico joven de aquel equipo con el que ella solía reunirse para desarrollar remedios homeopáticos, un grupo de investigación en el que realizaban estudios llamados de doble ciego? ¿Era yo el doble ciego? Probaban en distintos voluntarios los efectos de una sustancia extraída de una arañita de nombre científico *Loxosceles saeta*, también conocida como araña de los rincones, pero esos detalles no importan, el hecho es que en un rincón onírico de mi casa, qué digo casa, mi baño, habría estado mi mujer con alguien a quien podría llamar su amante, y yo me habría sentido arrinconado, preso en la telaraña de la sorpresa y la indecisión. No tuvimos nunca un contrato de poliamor ni de pareja abierta, apostábamos a la opacidad, a la discreción. ¿Por qué ella se habría arriesgado a que yo la descubriese? ¿Quería ser descubierta? Nada cerraba por ningún lado.

La puerta de entrada: la había dejado abierta y decidí retirarme en puntas de pie. El sueño continuaba y justo en ese instante apareció la portera del edificio que había venido a pedirme o avisarme no recuerdo qué. Desde el umbral, ella también había escuchado los jadeos cada vez más sonoros que venían del baño. Puse un dedo índice sobre mis labios para indicarle que no hiciera ruido, salimos y bajamos por las escaleras hasta el palier del edificio. Mientras bajaba se precipitaron todas las fantasías, temores y deseos imaginables del más convencional marido

engañado aun cuando fuese partidario de la libertad en el amor. ¿Debería esperar a que mi mujer dijera algo? ¿Hacerle preguntas que la obligaran a contar, a confesar? ¿O seguir con nuestra vida cotidiana como si nada? ¿Y cuándo podría volver a casa? ¿A qué hora saldrían del baño?

—Me voy al café de la esquina a esperar un rato —es lo que iba a hacer y algo así le habré dicho a la portera.

—Ajá. ¿Nada más? —preguntó ella sin tono de reproche, más bien curiosa, pero con la impunidad con la que hablan los porteros de todo lo que pasa dentro de un edificio—. Disculpe, pero creo que estos son los momentos que definen si un matrimonio puede o no seguir adelante. La confianza se ha roto, porque usted no esperaba encontrarla así, o sea que fue engañado, y yo vi que usted también tiene una relación paralela, con esa mujer que viene a visitarlo cuando su esposa está de guardia en el hospital.

Pausa, silencio, la pregunta implícita: ¿entonces qué? ¿La portera ahora era como una amiga que podría darme consejos? Absurdo. Continuó:

—¿Usted la quiere a esa otra mujer con la que está?

—Sí, claro —respondí sin dudarlo ni reparar en el tamaño de mi confesión ante esa portera con quien ya había entrado en un nivel de confianza inaudito.

—Entonces por ahí lo mejor es que vuelva a su departamento, hablen y blanqueen la situación. Más tarde usted se irá con su amiguita, dejará que su mujer se arregle con quien sea que esté adentro del baño, y los cuatro terminarán en una situación más pareja, por ahí más feliz, por la paridad del asunto. Hasta pueden seguir todos como amigos.

La portera dijo algo por el estilo y en ese punto todos los elementos del sueño se confundieron o fundieron en un tránsito rápido hacia el final. Se sabe que el relato de un sueño nunca es su reflejo nítido sino una construcción para dar sentido a imágenes, sonidos, impresiones. Lo cierto es que empecé a despertar con un sentimiento de alivio. Sí, todo estaría en orden. A partir de ese día comenzaría otra vida: ella sería feliz con su nuevo amor y yo también con el mío. Los dos corazones se habrían repartido en cuatro.

La había soñado deseante, pero ella no estaba ahí, ni en la cama doble ni en ningún otro lugar de la casa. Sin embargo, la sentí como realidad viva. Luego, a medida que la vigilia aumentó su peso en ese lento despertar y la conciencia extendió su sombra diurna sobre el inconsciente, junto al recuerdo del sueño también emergió cierta melancolía, porque las cosas, en los hechos, no habían terminado precisamente así. No con Beatriz. No con ella. Otro fue el desenlace en la vida real.

En eso que llamamos vida real, ella tenía otros nombres y también apodos en el lenguaje secreto, íntimo, de dos que se aman, pero elegí llamarla Beatriz como a la de Dante. Era inequívocamente ella la del sueño, también era la actual portera ese personaje que me hablaba con total confianza, pero no sé quién sería aquella otra mujer referida como «amiguita» ni tampoco sé quién podría ser ese supuesto joven investigador encerrado en el baño. Fantasmas. ¿Habría sido cobardía lo que me llevó a querer retirarme, huir, no enfrentar la situación? Si el sueño

hubiera continuado y yo hubiese tomado la decisión contraria, quedarme en casa, ¿qué habría ocurrido? Porque podría haber entrado haciendo los ruidos suficientes como para que los amantes se enterasen de mi presencia, o ni siquiera eso, simplemente despedir a la portera sin mayores comentarios y prepararme un café en la cocina, o mejor aún, sentarme en el living y servirme un whisky (esto siempre es elegante) para esperar a que salieran del baño.

Y cuando salieran, Beatriz con el pelo negro mojado y el rostro enrojecido, supongamos envuelta en una toalla, la boca abierta por la sorpresa, y él con su cabello que imagino rubio y también mojado, quizá en estupor, incluso si saliese del baño mucho después de ella, como si quisiera esforzarse por disimular lo indisimulable, ¿qué sucedería? ¿Beatriz diría que no era lo que yo pensaba, que a esa hora esperaba que todavía estuviera escribiendo en mi estudio, que por qué no le avisé que estaba por llegar?

¿Y yo qué le diría? Tal vez nada, seguiría tomando el whisky con flema inglesa sin pronunciar una palabra o mencionaría el clima, el calor, la humedad, lo que fuera. Un verdadero aristócrata del amor libre, como Roberto de las Carreras en el Montevideo de principios del siglo veinte, podría haberlos recibido con una sonrisa cómplice. No esperaba esa travesura de ella, pero nunca debería mostrarme incómodo. En una vuelta olímpica de narcisismo, podría haberme dicho a mí mismo que ella había sido mi discípula en poliamor y que yo la había liberado y hasta arrojado en brazos de un amante, después de haberle hablado tanto sobre la esclavitud del matrimonio y de la libertad del deseo. Como De las Carreras, diría que el Marido es un atavismo, que en nada se revela un hombre

tan primitivo como en los celos, y que el Amante es símbolo absoluto de la sensualidad y de la vida. Le arrojaría a la cara todo mi discurso.

¿Pero qué haría con ese amante con minúsculas si el sueño hubiese continuado realmente por el camino opuesto a mi huida? Aquí, desde la vigilia, podría desarrollar otra escena posible, invitar al joven médico a beber conmigo, todos sentados en el living, quizá como preliminar a un encuentro erótico de a tres. Sin embargo, esto es imposible, no logro fantasear con ese desenlace, no estaba en Beatriz o en el verosímil de mi representación de Beatriz. Ella jamás se hubiera puesto en esa posición, nunca habría tenido un encuentro furtivo con alguien en casa (quizá sí en el hospital, con algún compañero de trabajo) y menos si yo estaba por llegar en cualquier momento. La situación era impensable, no estaba en su discurso ni en su actitud, ella no creía en que esas aventuras fuesen saludables, lo discutíamos en serio, al menos en la realidad de la vigilia (los sueños no son serios).

O quizá los sueños son lo único realmente serio. La conocía desde hacía más de veinte años. Casi veinticinco, si agrego el tiempo transcurrido desde el principio hasta que comenzamos a salir, mejor dicho: a entrar, a ingresar en una relación seria, tan seria como los sueños. Empezamos a convivir en un departamento que armamos en común, pero yo siempre mantuve un lugar aparte, un estudio que alquilaba para encerrarme a escribir o para sentirme más libre o para curtir otras historias, un techo para cobijar la privacidad, una habitación propia pero bien separada por varias cuadras o incluso por kilómetros de distancia, por canales, ríos y otras aguas e islas de

la intimidad frente al continente de la pareja, la tierra firme del amor central. Ese continente que es contenido del cuidado por el otro, por la otra, aquella con quien había decidido compartir la vida, o cierta etapa de la vida. Con Beatriz, casi un cuarto de siglo.

Durante todo el tiempo que estuvimos juntos discutimos, debatimos, exploramos qué es eso del amor y sus promesas: cuidar y proteger, en las buenas y en las malas, en salud y enfermedad. Ser fiel era otra cosa, no entraba en la promesa. Para mí, la infidelidad era solo expresión del fracaso de la monogamia, de la pretensión de exclusividad, de la ilusión de poseer por completo el cuerpo y el alma del otro. En vez de fidelidad, prefería lealtad. Como dice la canción «Lealtad», de Caetano: *serei, serei leal contigo, quando eu cansar dos teus beijos, te digo*. Fui leal. No me cansé de los besos de Beatriz, ni en los sueños ni ahora que lo digo. También ella, como en la canción, tuvo la libertad de irse y cerrar la puerta sin mirar atrás, si su cuerpo se hubiera cansado de mis brazos, si sus ojos se hubieran cansado de mis ojos, si sus oídos se hubieran cansado de mi voz.

Durante todo el tiempo que estuvimos juntos ella defendió la fe en un amor absoluto, sin concesiones a la creencia de que uno pueda ser el centro alrededor del cual giren todos los afectos y objetos del deseo. Sin centro, sin yo ni ego: una entrega total al amor como la entrega mística al amor de Dios. Ante ese tipo de fe me rendí al conocerla, pero también procuré defender mi libertad de no serle fiel en los términos que exige la tradición. Fue un equilibrio inestable dentro de una relación que sentí estable, al menos hasta que todo se desbarrancó de una

manera inesperada, una manera que ninguno de los dos pudo prever.

Durante todo ese tiempo ella intentó enseñarme algo sobre la ayuda, el cuidado a los demás como vocación, llamado, sentido único de la vida desde el nacimiento hasta la muerte. Como si no hubiera otro sentido de vivir que el de ayudarnos unos a otros a seguir vivos, o a disminuir el sufrimiento en la medida en que sea posible. Intentó enseñarme: no creo haber aprendido. Era médica de terapia intensiva en un hospital, además de homeópata, pero incluso en su consultorio privado prefería cobrar poco o incluso no cobrar, solo por el gusto de ayudar. Y en su trabajo como intensivista vio morir a mucha gente. Lloraba cada tanto cuando me contaba de algún muchacho motociclista accidentado al que no habían podido salvar. Sufría todo el tiempo por el sufrimiento ajeno y su inclinación o capacidad de empatía la arrojaba en brazos del dolor compartido. Eso a veces me molestaba. Me parecía que esa inclinación probablemente la debilitaba, la hacía más vulnerable, más propensa a enfermarse. Es lo que creía yo, que como buen egoísta trataba de defender ante ella el valor de la indiferencia, de la distancia necesaria para autoprotegerse, del cuidado de sí antes que el cuidado de los demás. Me parecía que, en la vida en común, para que todo funcionara bien bastaba con abstenerse de hacer daño.

Éramos tan diferentes. Aún no sé cómo pudimos congeniar. Yo nunca había sentido la vocación de cuidar. Nunca quise tener hijos. Nunca quise tener mascotas (alguna me quedó de herencia). Tuve mis amores, a quienes no sé si cuidé lo suficiente (¿qué es lo suficiente?). En

cambio, ella era una de esas personas capaces de asistir no solo a cualquiera que de repente chocase o cayera en la vía pública (yo, a lo sumo, podría gritar «¡llamen a un médico!»), sino que tenía toda la disposición y compasión necesarias para acompañar, quedarse cerca, aliviar el sufrimiento de gente desconocida que estuviera al borde de la muerte y que, cada tanto, inevitablemente, muriera. Lo hizo cuando murió mi padre, lo hizo cuando murió mi madre. Alguna vez pensé que si hubiera más gente como ella, el mundo sería un mejor lugar para vivir y para morir. Sin embargo, ahora que lo (la) pienso mejor, veo que la idealizaba: seguramente, una condición necesaria para enamorarse.

Lo cierto es que ella se dedicaba casi exclusivamente a cuidar la salud de los demás. No era solo un trabajo, y definitivamente no era un trabajo productivo. Leí que Hannah Arendt distinguía la labor del cuidado de lo que sería un trabajo productivo porque el resultado de cuidar se consume casi tan rápido como se gasta su esfuerzo. Históricamente, una labor de sirvientes, de esclavos. Una tarea improductiva y, sin embargo, de esa tarea depende la vida. Cosas de la condición humana. Y lo que hace la medicina es un poco como el esfuerzo de Sísifo. Una filosofía del cuidado debería tener esto en cuenta, escribió Boris Groys: todo paciente que ingresa al sistema médico en algún momento muere, y entonces el sistema vuelve a atender a un nuevo paciente y luego llega al mismo resultado. Lo cual ha de ser muy frustrante. Es algo que nunca termina bien.

Una observación que Beatriz me hizo en nuestra primera cita en el café El coleccionista (vaya nombre) frente

al parque Rivadavia, cuando le pregunté cómo trataban a los pacientes en terapia intensiva:

—Son difíciles de tratar, están todos muy enfermos.

Lo dijo con una de sus sonrisas más inolvidables, como nerviosa, de alguien que había atravesado la angustia hasta la resignación. En ese momento no la entendí, creí que era una reflexión banal, una obviedad. Lógico, si esos pacientes estaban en terapia intensiva debían estar bastante mal. Recién advertí la contundencia de su comentario el primer día en que fui a buscarla a su trabajo, meses más tarde, y tuve que quedarme a esperarla en la sala de guardia hasta que terminara su jornada. La unidad de terapia intensiva de ese hospital —quizá de todo hospital— me pareció lo más cercano a un infierno en la Tierra. Gritos, lamentos, zumbidos, médicos y paramédicos que corren o caminan apurados de aquí para allá, luces encendidas todo el tiempo, artefactos eléctricos en marcha constante, bultos bajo sábanas que ocultan despojos humanos, bocas abiertas, ojos cerrados, respiradores mecánicos, tubos de oxígeno, un estado de crispación general, y todo para salvar a duras penas algunas vidas (en el mejor de los casos, a los cuerpos más jóvenes, más robustos o afortunados). Recordé una sentencia de Cioran: una visita a un hospital y, cinco minutos después, se hace uno budista si no lo es ya, o vuelve a serlo si había dejado de serlo. Tal vez si añadimos a esa visita un breve paseo por terapia intensiva, además de budista uno se hace cristiano si no lo es ya, o vuelve a serlo si había dejado de serlo.

Ella me avisó de entrada que era cristiana. Un psicólogo de obra social que consulté durante un tiempo

frunció el ceño y esbozó una sonrisa socarrona cuando le conté esto, casi como si no pudiera creerlo: ¿cristiana? Creo que esa autodefinición la ayudaba en su trabajo. Pero era un cristianismo particular, sincrético, un misticismo de cruza pagana y new age, con postales de Jesús, el Gaucho Gil y Iemanjá junto a imágenes de Luca Prodan y Charly García. Podía emocionarse con la letra de La Pésada: «Loco, no te sobra una moneda/ quiero estar la vida entera/ escuchando rock and roll». Y también con los maîtres que cantaban los monjes trapenses y benedictinos en madrugadas de ese monasterio en la pampa húmeda que visitamos en nuestro primer viaje juntos, cuando me llevé en su auto Fiat Spazio a rastrear los orígenes de mi apellido entre algún antepasado mestizo e infiel, esa excursión hacia los toldos con minúscula y mayúscula que terminó siendo una inmersión en el rito cristiano poetizado por letras que parecían de Viel Temperley:

*Tu nombre acerca el fuego a la tierra sombría
el rostro de las cosas se alegra en Tu presencia
silabeas el alba como una palabra
y pronuncias el mar como una sentencia.*

Es lo que cantaban los monjes en ese monasterio que en una novela llamé Nuestra Señora de la Gracia y del que salí prácticamente casado con Beatriz, en ceremonia tácita. Correrías de un infiel que se lanza de cabeza a probar la monogamia.

Traté de entender su fe y hacerla coincidir, no sin esfuerzo, con mi inclinación al escepticismo y mi curiosidad por el budismo. Creo que el de ella era un catolicismo

posmoderno como el de Gianni Vattimo: creer que se cree. Creer en un Dios amigo, un Dios que puede encontrarse en lucha codo a codo con la humanidad para derrotar el mal y hacer prevalecer el bien, y que muchas veces fracasa, como en el Holocausto (Dios también puede ser débil). Definiciones de Vattimo: un cristianismo pensado como anarquismo no violento, guiado por el amor y la caridad. Caritas: amor a Dios y al prójimo. Dios: amigo o hermano, no dueño ni padre y nunca totalmente otro, pero sí parcial y relativamente otro.

Beatriz no conocía a Vattimo, yo algo había leído y después lo leímos juntos. Ese «pensamiento débil» me intrigaba, me interesaba como una perspectiva más para abonar mi enfoque ecléctico ante las cosas. Mi ateísmo ya se había debilitado antes de conocerla, pero se derrumbó por completo en su presencia. Y coincidimos en algo: ella detestaba tanto al Dios castigador y vengativo del Antiguo Testamento como al Vaticano y a los jerarcas del catolicismo. Me conmovió su inocencia. Decía haber conocido en su niñez a un «cura bueno» que después dejó los hábitos y se casó. No creía en el pecado, sí en el perdón. Tenía fe en el amor. Su Jesús era el curador, el que sanaba las heridas. Sentía en carne propia el sufrimiento de los demás. Y suavizaba ese «sufrir juntos» a pura sonrisa.

Sin embargo, había dolor detrás de esa sonrisa. No llegaba a ser forzada ni era mueca, pero parecía como si cada tanto se hubiese inyectado a sí misma una dosis de humor negro, de sarcasmo de hospital. Una vez le conté de un caso que había leído de alguien que murió por error médico. Su respuesta:

—Toda la gente se muere por error médico.

Y sí, los médicos muchas veces se equivocan, pero tener uno o una en la familia es reaseguro de ser cuidado en la emergencia. También es útil en consultas sobre problemas menores. Se me clavó una astilla en el dedo, me duele pero no le veo la punta, no me la puedo quitar, ¿qué hago, doctor? Este dirá que el cuerpo terminará expulsándola con el tiempo y entonces uno se quedará tranquilo. Una lastimadura, un esguince de tobillo, una gripe, una tos rara: la médica tendrá que atendernos sí o sí, y en el caso de que no sepa, tendrá algún especialista amigo para derivar, o podrá ayudarnos a conseguir turno rápido en alguna clínica. Siempre listos para el trabajo: con razón se estresan tanto.

Igual, yo jamás había salido con una médica, no tenía la menor idea de lo que implicaba esa condición. Como cualquier machirulo, suponía que, por ser mujer, a los saberes profesionales se añadirían ciertos valores «femeninos» asociados al cuidado: la madre, la que amamanta, la que cocina, la que cría y suele dar lo mejor de sí. Un prejuicio «positivo», si es que estos existen: sea natural o adquirido, ese don sería precioso y valorado por todo el mundo. Al menos, para mí era un valor activo, un bien tangible, parte de la dote que ella aportaría a la relación. Además de ser linda, era médica.

Por supuesto que hay médicos sádicos. En el extremo, los nazis que hacían experimentos con prisioneros y esterilizaban o eliminaban a mujeres consideradas débiles mentales, esquizofrénicas o discapacitadas para que no tuvieran descendencia y de ese modo mejorar la raza. Aun así, se supone que esos doctores criminales podían tener gestos de compasión en ciertos casos. Como en la

película *No dejes de mirarme*, de Donnersmarck, cuando el ginecólogo que había colaborado con el programa nazi de esterilización y eliminación de supuestas enfermas de pronto se siente llamado a ayudar a una parturienta a la que se le había quedado el bebé nonato atravesado en el vientre. Por los gritos de ella y el tiempo que llevaba sin poder dar a luz, ese médico desde su celda deduce cuál es el problema y decide presentarse ante sus guardias soviéticos para asistir en el parto. Se podrá pensar que lo hizo a propósito, para ganarse el favor de sus captores, pero lo cierto es que, ante los gritos, el doctor preso pide intervenir. Explica que hay que manipular al nonato dentro del cuerpo de la madre para poner su cabeza en dirección de la salida. El oficial ruso a cargo le pregunta: «¿Por qué quiere ayudar?». Y el médico le responde: «Porque yo puedo».

Ese «poder», que como verbo se distingue aunque esté asociado al sustantivo que tal vez por error las contraculturas y alguna izquierda escribía con mayúsculas en los años 60-70 —confiriéndole así más poder a cierto Poder— no es cualquier «poder hacer». Un artista plástico que por desarrollo de su técnica y otros factores puede pintar velozmente y sin que le tiemble el pulso una línea recta, también es alguien que puede. Lo mismo se diría de un piloto de avión, de una economista, de un peluquero, de una microbióloga, de una pianista o de un zapatero (de allí la frase «zapatero a tus zapatos»). Sin ir más lejos, se dirá lo mismo sobre quienes escriben. Aunque todas las personas que hayan sido alfabetizadas pueden escribir (bien, mal o regular ya es otra discusión), no tendría ningún sentido ni me daría ningún derecho especial que

yo dijese «estoy escribiendo este libro porque puedo hacerlo». Mi «poder» será, en términos prácticos, menor o menos decisivo al que tiene un piloto de avión y mucho menor al poder médico. Este es único y singular entre todas las acepciones del poder.

Además, el poder del médico es producto de un saber complejo que se aprende y desarrolla estudiando, practicando y quemándose las pestañas largos años en escuelas de medicina. No es malo en sí mismo que, si alguien sabe más que otro, le diga lo que hay que hacer en determinadas situaciones. El problema estaría en el abuso, en la opresión sobre las personas, en el sometimiento de estas a un dominio incontestable y con pretensiones de absoluto. Ahora, resulta que el poder médico se ocupa de cuestiones bastante absolutas, cuestiones de vida o muerte. El médico nazi le explica al oficial soviético que cuando esterilizaban o eliminaban enfermas o débiles lo hacían bajo el criterio de ayudar a que vivieran las más sanas: la población crece, la Tierra no tiene recursos para todos, en momentos de crisis no hay más remedio que salvar y ayudar a quienes tienen más posibilidades que otros. La perversa solidez de este argumento puede constatarse en el caso del llamado *triage* (salvando las distancias: los nazis veían la biopolítica en términos de humanos superiores e inferiores); cuando se advierte que las necesidades superan los recursos médicos disponibles, cuando estos recursos son insuficientes para tratar a todos los pacientes en riesgo, hay que clasificar a estos en categorías de importancia. En el *triage*, el médico tendrá el poder de priorizar quiénes deben recibir atención vital y a quiénes se deberá dejar de prestar asistencia. Así,

beneficiará a algunos en desmedro de otros. Siempre se tratará de priorizar al paciente que sacará el mayor provecho de la intervención en el más corto tiempo posible. No sería indicado mantener los soportes vitales en casos donde la condición del paciente es de suma inestabilidad y con nula perspectiva de rehabilitación. Se puede deducir de aquí que el borde ético sobre el que reposa este tipo de saber-poder es también de suma inestabilidad. Frágil, tembloroso y precario como un cachorro asustado puede llegar a ser el criterio sobre el que reposa una decisión tan sagrada como la de dejar morir a alguien para poder concentrar los recursos en salvar a otro.

Una vez Beatriz me contó, entre tantas anécdotas que se cuentan las parejas sobre sus vidas anteriores, que estuvo en presencia de una versión brutal del procedimiento de *triage* durante una acción militar. Se había recibido en 1980 y estaba de guardia en un hospital cuando la enviaron en una ambulancia a La Tablada, durante el copamiento del cuartel en 1989. Desde la mañana de enero en que la policía rodeó el cuartel y comenzó a disparar a granel hasta la noche en que tropas del ejército lograron ingresar a tiro limpio y sucio al interior, pasando por toda una tarde de fuego de artillería (incluido el «fuego amigo») con lanzacohetes y cañones de treinta milímetros, hubo balacera indiscriminada, soldados sorprendidos en calzoncillos y huyendo desde sus dormitorios, manifestantes movilizados por el rumor de que se venía un golpe de Estado, confusión general. A la fecha en que escribo esto se pueden encontrar en internet relatos detallados y datos duros de ese incidente que fue bisagra entre dos épocas y dejó cuarenta y tres muertos

—en su mayoría guerrilleros—, cuatro desaparecidos y un número indeterminado, o más bien controvertido, de entre sesenta y cien heridos —entre estos, no sé si se cuentan aquellos que terminaron torturados, con brazos fracturados y otras lesiones—. Todo ese día Beatriz tuvo que quedarse en la ambulancia, escuchando disparos y explosiones y recibiendo heridos. Ella no estuvo a cargo de las intervenciones médicas más dramáticas, según me dijo:

—Por suerte tenía un jefe que tomaba todas las decisiones, y aparte estas debían estar consensuadas con los oficiales a cargo de la recuperación del cuartel. Pero vi policías, militares y civiles con heridas y en estado de shock y estaba preparada a usar el *triage*. ¿Sabés que este surgió históricamente en situaciones de guerra para clasificar a los heridos en leves, graves y fatales? Tuve suerte en no tener que aplicarlo personalmente ese día, por lo menos no para atender y evacuar pacientes en nuestra ambulancia. Pero escuché historias que me contaron otros colegas. A varios guerrilleros heridos les habrían aplicado el código negro sin importar el grado de lesión.

—¿Código negro?

—Sí, eso que se aplica cuando la condición es cercana a la muerte. La salida, el *exitus letalis*. Terrible.

—Bueno, cómo no iban a tener ese destino los heridos, si se dice que hasta a los que estaban sanos directamente los fusilaron.

—Es horrible que haya gente tan mala. Chicos jóvenes lanzados a la violencia como si nada, chicos que después terminaron torturados, masacrados. No me puedo olvidar de la sangre que vi ese día.